

verdad, cuando se ilustra, porque en general no hay entre ella intereses opuestos al del mayor número, que luchen contra la razón. Pero la democracia no puede llegar á obtener la verdad sino mediante la experiencia, y muchos pueblos no podrían esperar el resultado de sus errores, sin perecer antes de tocarlo (1).

El gran privilegio de los yanquis no es, pues, solamente el ser más instruidos que otros, sino el tener facultad para cometer faltas reparables.

Agréguese á esto, que para aprovecharse fácilmente de la experiencia de lo pasado se necesita que haya llegado la democracia á cierto grado de civilización y cultura. Hay pueblos cuya educación primera ha sido tan defectuosa y cuyo carácter presenta tan peregrina mezcla de pasiones, ignorancia y equivocadas nociones de todo, que no podrían por sí mismos discernir la causa de sus miserias, y sucumben bajo los males que ignoran.

He recorrido extensas comarcas habitadas en otro tiempo por poderosas naciones indias, que hoy ya no existen. He vivido en tribus ya mutiladas que todos los días están viendo disminuir más y más su número y apagarse el brillo de su gloria salvaje, y hasta he oído á estos mismos indios prever el destino final reservado á su linaje. Todo europeo echa de ver lo que sería preciso hacer para preservar á aquellos pueblos desgraciados de una destrucción inevitable, y ellos, sin embargo, no lo ven: sienten, sí, los males que de año en año se van acumulando sobre sus cabezas; ¡y perecerán del primero al último, hasta rechazando el remedio! Habría precisión de echar mano de la fuerza para imponerles el vivir.

¡Y después causa extrañeza ver agitarse á las nuevas naciones de la América del Sur desde cincuenta años ha, entre revoluciones que no cesan de renovarse, y cada día hay esperanzas de que vuelvan á entrar en lo que se llama *su estado natural*! Pero, ¿quién puede afirmar que las revoluciones no sean en nuestro tiempo el estado más natural de los españoles de la América del Sur? En aquel país se está la sociedad agitando en el fondo de un abismo, del que no pueden sacarla sus propios esfuerzos.

(1) He aquí por qué el arte del político es arte de previsión y meras suposiciones, á diferencia del arte del juez, que es de comprobación y certeza.—(N. del T.)

El pueblo que habita aquella hermosa mitad de un hemisferio, parece obstinadamente aferrado al propósito de despedazarse las entrañas, y no hay nada capaz para disuadirlo. El agotamiento de las fuerzas le obliga á reposar por algún tiempo, y el reposo le da pronto nuevo furor. Cuando le considero en estas alternativas de miseria y de crímenes, me siento inclinado á creer que para tal pueblo el despotismo sería beneficioso; pero estas dos palabras: despotismo y beneficio, no se podrán hallar nunca unidas y en un mismo pensamiento (1).

(1) Felizmente la mayoría de dichas repúblicas han entrado ya días ha en un período de pacíficas soluciones y, bajo la gestión inteligente de gobernantes cultos, patriotas y bien orientados respecto á los complejos fines que han de llenar en bien de su respectivo país, van acrecentando su personalidad colectiva y soberana, en los múltiples cauces en que la actividad de nuestra especie se desarrolla, y á la par y por lo mismo, su correspondiente potencia nacional se incrementa y las hace temibles entre ellas y respetables dentro del campo jurisdiccional del derecho de gentes. Y algunos de aquellos nuevos Estados, como la República Argentina, tienen un espíritu tan gubernamental, que toca en recargado conservadurismo y un alto sentido de los deberes ciudadanos que le asemeja al pueblo inglés. No sólo, pues, no ha habido en la América del Sur necesidad de los *beneficios* del despotismo, sino que el Brasil ha sacudido el gobierno imperial y ha establecido el único gobierno que cuadra bien con aquellas democráticas sociedades: la república; evitando así que la soberanía todopoderosa del pueblo sea contrarrestada por la del emperador, y que los intereses populares puedan sufrir competencia ó merma por los de un individuo ni por los de una estirpe.—(N. del T.)

DE QUE MODO CONDUCE LOS NEGOCIOS EXTERIORES DEL ESTADO

LA DEMOCRACIA AMERICANA

Dirección dada á la política exterior de los Estados Unidos por Wáshington y Jefferson.—Casi todos los defectos naturales de la democracia se perciben en la dirección de los negocios exteriores, y poco sus calidades.

Hemos visto que la constitución federal ponía la dirección permanente de los intereses exteriores de la nación en manos del presidente y del Senado (1), lo cual coloca hasta cierto punto la política general de la Unión, fuera del influjo directo y diario del pueblo, y por eso no se puede afirmar de un modo absoluto, que la democracia conduzca en los Estados Unidos los negocios exteriores del Estado.

Hay dos hombres que han dado á la política de los americanos una dirección que todavía se está siguiendo actualmente: el primero es Wáshington, y el segundo, Jefferson.

Wáshington, en una admirable carta escrita á sus conciudadanos, que viene á ser como el testamento político de este eminentísimo varón, decía lo siguiente:

«Debe ser la regla de nuestra política extender nuestras relaciones comerciales con los pueblos extranjeros, y establecer los menos vínculos políticos posibles entre ellos y nosotros, y debemos cumplir con fidelidad las obligaciones ya contraídas y abstenernos de formar otras.

» La Europa tiene cierto número de intereses peculiares sin relación alguna, ó con una muy indirecta, con los nuestros, por lo que ha de encontrarse frecuentemente empeñada en disputas que nos son naturalmente extrañas. Sería, pues, obrar imprudentemente, el

(1) «El presidente—dice la constitución, art. 2.º, sec. 2.ª, part. 2.ª, hará los tratados á dictamen y con anuencia del Senado». El lector no debe perder de vista que el mandato de los senadores dura seis años y que, nombrados por los legisladores de cada Estado, son producto de una elección de dos grados.

ligarnos con lazos artificiales á las vicisitudes de su política, entrometernos en las diversas combinaciones de sus amistades y enconos y tomar parte en las refriegas que de ahí resultan.

» Nuestro aislamiento y nuestra distancia de ella nos inducen á adoptar un rumbo contrario y nos permiten no seguirle. Si continuamos formando una sola nación regida por un gobierno firme, es señal de que se acerca el tiempo en que nada tendremos que temer de nadie, y entonces podremos tomar una pauta que haga respetar nuestra neutralidad, pues las naciones beligerantes, conociendo la imposibilidad de domeñarnos, temerán provocarnos sin motivo y nos veremos en situación de escoger la paz ó la guerra, sin tomar por guía de nuestras acciones otra cosa que nuestro interés y la justicia.

¿Por qué razón, pues, abandonaríamos las ventajas que podemos sacar de una posición tan favorable?

¿Por qué dejaríamos un terreno que nos es propio, para ir á establecerlo en otro que no nos pertenece?

¿Por qué, en fin, ligando nuestra suerte con la de una porción cualquiera de Europa, expondríamos nuestra paz y nuestra prosperidad á la ambición, á las rivalidades, á los intereses ó á los caprichos de los pueblos que la habitan? Nuestra verdadera política es no contraer alianza permanente con ninguna nación extranjera, por lo menos en cuanto somos todavía libres de no hacerlo, porque estoy muy distante de querer que se falte á los compromisos existentes. La rectitud es siempre la mejor política, siendo ésta una máxima que considero aplicable á los asuntos de las naciones lo mismo que á los de los individuos. Es, pues, mi opinión, que se deben realizar con toda extensión las obligaciones que ya hemos contraído; pero juzgo inútil ó imprudente contraer otras. Coloquémonos siempre de modo que hagamos respetar nuestra posición, y alianzas temporales bastarán para permitirnos arrostrar todos los peligros».

Anteriormente había enunciado Wáshington esta bella y justa idea: «La nación que se entrega á arranques habituales de amor ó de rencor para con otra, se esclaviza, digámoslo así, pues es esclava de su rencor ó de su amor».

La conducta política de Wáshington siempre fué arreglada á estas máximas; logró mantener en paz su país, y sentó como punto

de doctrina: que el interés bien entendido de los americanos era el no tomar nunca partido en las desavenencias interiores de Europa.

Jefferson fué todavía más lejos, é introdujo en la política de la Unión esta otra máxima: «Que los americanos nunca debían pedir privilegio á las naciones extranjeras, á fin de no estar ellos mismos precisados á conceder otros».

Estos dos principios, cuya evidente exactitud los puso fácilmente al alcance de la muchedumbre, han simplificado en extremo la política exterior de los Estados Unidos. No mezclándose la Unión en los negocios de Europa no tiene que debatir, por decirlo así, intereses exteriores, porque aun no tiene vecinos poderosos en América. Colocada, tanto por su situación como por su voluntad, lejos de las pasiones del Antiguo Mundo, ni tiene que tomar precauciones contra ellas, ni que alentarlas. En cuanto á las del Nuevo Mundo, el porvenir lo oculta todavía.

La Unión carece de compromisos anteriores y se aprovecha de la experiencias de los antiguos pueblos de Europa, sin estar obligada, como ellos, á sacar partido de lo pasado y acomodarlo á lo presente ni á aceptar una inmensa herencia, que le han legado sus mayores, mezcla de gloria y miserias, de amistades y odios nacionales. La política exterior de los Estados Unidos es en extremo espectante, y mucho más consiste en abstenerse que en hacer.

Es, pues, hartó difícil saber, en cuanto al presente, cuál será la habilidad que tenga la democracia americana en el manejo de los negocios exteriores del Estado. Sobre este punto, así sus adversarios como sus amigos, deben suspender todo juicio. Yo, por mi parte, no tendré reparo en decir que en la dirección de los intereses exteriores de la sociedad, los gobiernos democráticos me parecen completamente inferiores á los demás, porque la experiencia, las costumbres y la instrucción casi siempre crean por fin en la democracia aquella especie de sabiduría práctica de todos los días, y esa ciencia de los pequeños acontecimientos de la vida, que se llama sentido común ó buen sentido, el cual basta para la marcha ordinaria de la sociedad; y en un pueblo cuya educación es completa, la libertad democrática aplicada á los negocios interiores del Estado, produce más bienes que cuantos males pueden acarrear los errores del gobierno de la democracia. Pero ello no es así en las relaciones de pueblo á pueblo.

La política exterior no requiere el uso de casi ningunas cualidades propias de la democracia, y sí demanda, por el contrario, el desenvolvimiento de casi todas las que le faltan. La democracia favorece el fomento de los recursos interiores del Estado, difunde el desahogo, esparce el espíritu público, robustece en las diferentes clases de la sociedad el acatamiento debido á la ley, cosas todas que sólo tienen un influjo indirecto en la posición de un pueblo respecto á otro; pero no sin mucha dificultad puede coordinar los pormenores de una gran empresa, atenerse á un plan y seguirle obstinadamente á través de todos los obstáculos; y es poco capaz de combinar disposiciones secretamente y de aguardar con paciencia su resultado, siendo todo esto aptitudes más bien propias de un hombre ó una aristocracia; y precisamente son ellas las que con el tiempo dan motivo á que prevalezca un pueblo como individuo.

Sí, por el contrario, se para la atención en los defectos naturales de la aristocracia, se verá que el efecto que pueden producir, apenas es perceptible en la dirección de los asuntos exteriores del Estado, siendo el vicio capital con que se la tacha el no trabajar más que para ella sola y no para el común de las gentes, y rara vez sucede que en la política exterior tenga la aristocracia un interés distinto del que tiene el pueblo. El impulso que lleva á la democracia á obedecer en política, más que á raciocinios á sentimientos y á abandonar un plan bien madurado por satisfacer una pasión momentánea, surgió en América al estallar la revolución francesa. Las más ligeras indicaciones de la razón bastaron entonces, como ahora bastarían, para hacer comprender á los yanquis que no estaba su interés en complicarse en una lucha que iba á ensangrentar á Europa, y de cuyas resultas no tenían que temer daño alguno.

Las simpatías de aquel pueblo en favor de Francia se manifestaron, no obstante, con tanto ardor, que fué preciso nada menos que el carácter inflexible de Washington y la inmensa popularidad que disfrutaba, para impedir que se declarase la guerra á Inglaterra; y aun así, los esfuerzos que hizo la austera razón de este gran hombre en la lucha contra las pasiones generosas, aunque irreflexivas, de sus conciudadanos, no faltó mucho para que le enajenaran la sola recompensa que siempre se reservó, que era

el amor de su patria. Declaróse la mayoría contra su política, y ahora la aprueba todo el pueblo (1).

Si la constitución y el público valimiento no hubieran dado á Washington la dirección de los negocios exteriores del Estado, cierto es que la nación hubiera hecho entonces precisamente lo que reprueba hoy.

Casi todos los pueblos que han influido poderosamente sobre el mundo, los que han planteado, seguido y realizado grandes proyectos, desde los romanos, hasta los ingleses, eran dirigidos por una aristocracia, lo cual no es de maravillar, puesto que lo más constante que hay en sus puntos de vista en las sociedades humanas, es la aristocracia; pueden ser seducidas las masas populares á causa de su ignorancia ó de sus pasiones, es posible sorprender el ánimo de un monarca y hacerle vacilar en sus propósitos, y aun cuando eso no fuera, no hay duda que un rey no es inmortal; pero un cuerpo aristocrático es demasiado numeroso para que nadie se capte su voluntad, y no lo bastante crecido para ceder fácilmente al desvanecimiento de pasiones irreflexivas y es una personalidad sólida é ilustrada que nunca muere.

(1) Véase el tomo V de la *Vida de Washington* por Marshall. «En un gobierno constituido como se halla el de los Estados Unidos—dice en la pág. 314,— el primer magistrado, cualquiera que sea su firmeza, no puede oponer por mucho tiempo un dique al torrente de la opinión pública, y la que prevalecía en aquella época, parecía que arrastraba hacia una guerra. Con efecto, en el Congreso reunido entonces, se echó de ver, con muchísima frecuencia, que Washington había perdido la mayoría en la Cámara de los representantes». Por de fuera era extremado el atrevimiento del lenguaje de que usaban contra él, á tal punto que en una reunión política no se tuvo reparo en compararle indirectamente con el traidor Amalfo (pág. 265). «Los afectos al partido de la oposición—continúa el mismo autor (página 355)—se empeñaron en que los partidarios de la administración componían una facción aristocrática, ya sujeta á Inglaterra, y que queriendo establecer la monarquía era naturalmente enemiga de Francia, facción cuyos miembros constituían una especie de nobleza que tenía por títulos las acciones del Banco, y tan temerosa de cualquiera disposición que pudiera influir en los fondos públicos, que no hacía caso de las afrentas que tanto el pundonor como el interés de la nación pedían se repeliesen.

CAPÍTULO VI

Cuáles son las ventajas reales que saca la sociedad americana del Gobierno de la Democracia.

Antes de comenzar el presente capítulo, no puedo menos de recordar al lector lo que ya he indicado varias veces en el transcurso de este libro. La constitución política de los Estados Unidos me parece una de las formas que puede dar la democracia á su gobierno, bien que no considero las instituciones americanas como las únicas, ni como las mejores que deba adoptar un pueblo democrático. Y al dar á conocer cuáles son los beneficios que obtienen los americanos del gobierno de la democracia, estoy muy lejos de decir ni de pensar, que puedan lograrse semejantes ventajas, sino con la ayuda de las mismas leyes.

DE LA TENDENCIA GENERAL DE LAS LEYES BAJO LAS INCLINACIONES DE LA DEMOCRACIA AMERICANA Y DE LOS QUE LAS APLICAN

Los vicios de la democracia se ven de pronto.—Sus ventajas sólo con el tiempo.—La democracia americana suele ser inhábil, y provechosa la tendencia general de sus leyes.—Los funcionarios públicos en la democracia americana no tienen intereses permanentes que se diferencien de los del mayor número.—Resultado de ello.

Sin dificultad se ven los vicios y flaquezas del gobierno de la democracia, pues se manifiestan en hechos patentes, al paso que se ejerce de un modo imperceptible y, por decirlo así, oculto, su saludable influencia; sus defectos atraen la atención á primera vista,